

mundo. La situación no dejaría de ser extraña, porque siendo el aislamiento uno de los atractivos de Ibiza —muchos van, precisamente, para disfrutar de la soledad—, la acumulación de solitarios genera sus formas específicas de relación y de cultura. ¿Qué pintaría el teatro en ese marco? En Ibiza hay un local, el Pereira, con el encanto un poco destartado de los viejos teatros de principios de siglo. Sin embargo, permanece habitualmente cerrado, porque, como nos explicaba un erudito ibicenco, la tradición teatral no existe en absoluto, a menos que incluyéramos en ella las viejas fiestas populares —realizadas con ocasión de la matanza del cerdo— o los carnavales, expresiones ambas duramente castigadas por los nuevos tiempos de la isla.

Gala reiteraba el carácter absorbente del paisaje y de la vida ibicenca al aire libre. El aislamiento interior de los isleños, la soledad buscada por los visitantes, la templanza del clima y la belleza del paisaje, constituirían un conjunto de factores radicalmente opuesto a la imagen comunitaria de un público congregado delante de un escenario. Ibiza sería el lugar elegido para crear lo que luego se muestra en cualquier ciudad del mundo. Cosa absolutamente lógica si no consideráramos que en la isla existe una sociedad local, cuyo papel no puede ser —a falta de la "otra vida" de quienes recalcan allí temporalmente— la de simples hosteleros, en sus distintos servicios, o de guías de turismo.

Es difícil saber si Ibiza puede sostener o no una actividad teatral de interés —teatro en Ibiza— y cómo tendría que ser ésta dadas las específicas características de la isla. Pienso, sin embargo, que si, como nos contaba una maestra, los muchachos se "apuntan" masivamente en las escuelas a las actividades teatrales, si existen tres grupos más o menos estables, si las representaciones de la Semana contaron con una abundante asistencia juvenil, es porque, también en Ibiza, hacen falta manifestaciones artísticas dirigidas a la comunidad, a través de las cuales ésta se congregue y descubra. Aunque, claro está, de esa necesidad no participan ni quienes se han refugiado en la isla buscando paisajes y soledades, ni quienes satisfacen en otros lugares y aun países las exigencias de la sociabilidad humana que cubre, entre otras manifestaciones, el teatro.



Ibiza no es sólo turismo, sino también una tierra problemática.

Este sería el sentido interrogador de la Semana que acaba de celebrarse en Ibiza. Y de la que uno deja constancia con el mismo respeto que le han merecido otras Semanas parecidas celebradas en lugares no trivializados por las agencias de turismo. ■ JOSE MONLEON.

Estreno de "La Saturna", de Domingo Miras

Con ocasión de comentar el montaje de "La lozana andaluza", señalábamos el interés de que una compañía como la de Corral de Almagro, pese a la mediocridad de sus primeros pasos, siguiera adelante. Afirmábamos entonces la necesidad de un tratamiento vivo, actualizador, de nuestros clásicos, tras tantos años de reverencialismo y de aburrimiento a su costa, y, en consecuencia, la justa concesión de un plazo para ir levantando, con los inevitables errores de por medio, esa nueva actitud. Ahora hemos visto a la misma compañía —superada su crisis con renovada subvención— en el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, que están presentando en diversas ciudades españolas, y la verdad es que a uno le urge hacer una puntualización: que de nada servirán los plazos ni las subvenciones si no se plantea el trabajo con rigor y absoluta responsabilidad. Por la mismísima razón que caen por tierras todas las asamblearias reivindicaciones actorales si, alzado el telón, los cómicos necesitan el grito del apuntador, hablan sin que se les entienda, y, en general, se producen con un abrumador convencionalismo.

Creo que en este punto es absolutamente necesario defi-

nirse con claridad y sin la menor concesión demagógica: si uno defiende el interés de obras como "La Saturna", la necesidad de que el Estado subvencione una serie de compañías jóvenes que intentan cubrir un programa cultural, los derechos materiales de los actores y la justicia de la descentralización, mal puede quedarse callado cuando un trabajo, en el que concurren todos esos factores, aparece sustancialmente fallido. Con lo cual no quisiera caer en la crítica singularizada del Corral de Almagro, sino, sobre todo, señalar la absoluta necesidad de que se reconsideren las responsabilidades sociales de cuantos piden —pedimos— que el Estado haga del teatro un instrumento de expresión comunal y de cultura.

Doy por hecho que, con el correr de las representaciones, en más holgados escenarios, más ajustados los actores, resuelta la escenografía, la interesante propuesta de Domingo Miras revelará parte de su fuerza, aunque uno tema, dados los planteamientos de la puesta en escena, que otra pueda quedar inédita.

Tomando pie en unas líneas del libro primero de "La vida del Buscón", Domingo Miras alumbró el personaje de la Saturna, madre de Pabillos, a raíz de la detención y muerte del hijo más pequeño: "Murió el ángelico de unos azotes que le dieron en la cárcel". Encarcelados el padre y el hermanillo de Pabillos —tal como cuenta Quevedo—, la madre se lanzará en busca del documento influyente que saque a los suyos de las rejas. Lo conseguirá a través de una peripecia itinerante —al estilo de la vida picaresca—, llena de sudores, quebrantos y claudicaciones, al final de la cual, cuando ya obra en su poder el papel salvador, sabrá que su hijo ha muerto a latigazos. La Saturna gritará entonces por todos los Clementicos que han sido, son y serán en la Historia, por toda esa carne de presidio, predeterminada por las circunstancias, eternamente flagelada y sustancialmente inocente.

El autor imagina a Quevedo escribiendo "La vida del Buscón" y dialogando con su protagonista. En realidad, la Saturna y Clementico son "otros Pabillos", seres que participan de su origen social y que ensanchan, desingularizan, la condición del pícaro. La Saturna —quemada por la Santa Inquisición— cerrará el drama pidiendo justicia y acusando a Quevedo, que es quien la imagina, de

una solidaridad ceñida a la simple manifestación literaria. El dramaturgo reforzará así la línea ideológicamente dominante de su obra: la acusación contra la complicidad entre la injusticia y la indiferencia. A la que, naturalmente, se opondrá, en nombre de todos los escritores "que han visto", Quevedo.

El lenguaje es una recreación del que aparece en "La vida del Buscón". Un lenguaje al que, pese a su condición de "pastiche", Miras consigue infundir un innegable color y frescura. Quizá porque, en general, la historia procura ocultar hasta donde puede su trascendencia y atrapa al espectador —como al lector la novela picaresca— con la violencia y el tratamiento humorístico de los lances.

Que "La Saturna" es un buen texto dramático, creo que está bastante claro, salvo en algunos aspectos —por ejemplo, el posible tono discursivo y moralizante del último tramo— que la correcta representación de la obra nos podrá aclarar. ■ J. M.

DISCOS

La peor serie barata

Sucedió lo que tenía que suceder. Salió la colección de discos "El mundo de la música", de Zafiro y RTVE, y todos se echaron encima. La mayoría de la gente, para comprarlos; los medios de comunicación —salvo, claro está, la mentada RTVE—, para destrozarlos sin piedad y a veces sin siquiera necesidad de entrar en lo que aparentemente es el fondo, es decir, sin analizar los discos. Dedos acusadores se han dirigido contra aspectos que se han juzgado irregulares en esta rara iniciativa, llegándose a involuclar nombres tan altos como el del mismísimo presidente del Congreso, señor Alvarez de Miranda. Son cuestiones en absoluto marginales, por cuanto lo principal que ha de hacerse con empresas como ésta es analizarlas en tanto que tales empresas, por culturales que sean sus pretensiones; cuestiones cuya denuncia es, por tanto, obligada y saludable, por más que a uno, no ya en cuanto crítico, sino en